

Sociólogos o “sociólogos”: la polémica de 1959*

Sociologists or “sociologists”:
The polemics of 1959

Resumen

Cuando el 10 de Diciembre de 1982, Salvador Camacho Roldán, al pronunciar el discurso de clausura de las actividades académicas de la Universidad Nacional, tomó como asunto la propuesta de una nueva cátedra, una sobre una novísima disciplina (tal como se le veía en ese momento): la Sociología, a la vez, inauguró un debate de largo alcance que llega a nuestros días. En aquel momento, dos de los participantes, Nicolás Tanco Armero y Rafael Núñez, presidente de la República, sustentaron con minuciosidad sus argumentos y, al hacerlo, ofrecieron sendas muestras del nivel cultural del momento, de la sintonía en la que se hallaban, en contraste con lo que en otras latitudes se discutía, así como con corrientes percibidas como universales. El valor documental de las piezas de ese debate inaugural ha hecho que se las reedite de cuando en cuando; incluso, el propio Departamento de Sociología lo ha realizado en dos ocasiones.

Menos conocido es el debate que se produjera en un suplemento literario de circulación nacional, con motivo de la inauguración de la enseñanza de la sociología en 1959, que, visto de manera retrospectiva, guarda más de una analogía con el debate inicial. En respuesta al discurso inaugural de Orlando Fals Borda, un articulista (Óscar Delgado) discute la naturaleza de la disciplina, y la tradición de pensamiento en la que se ubica; y, a su vez, replican y controvierten, algunos de quienes se hallaban entonces como sociólogos en formación y hoy son ya figuras de trayectoria (como son Guillermo Varela, Rodrigo Parra y Francisco A. Correa). Como una contribución a que la conmemoración no sea un rito vano, creemos conveniente reeditar tales documentos.

Palabras clave: documentación, debate, sociología como disciplina, condiciones de enseñanza.

Abstract

When in December 10, 1982, Salvador Camacho Roldán, who was giving the closing speech of the academic activities of the National University, took as its subject the proposal of a new chair, one about a new discipline (as seen in the time) sociology, thus opening a long-range debate that continues to the present day. At that time, two of the participants, Nicolas Tanco Armero, and Rafael Núñez, President of the Republic, sustained their arguments thoroughly and, in doing so, each offered different samples of the cultural level of the moment, of the line where they were, making a contrast with what was discussed in other latitudes and with trends perceived as universal. The documentary value of the

* Artículo de reflexión.

Recibido: agosto 25 de 2009. Aprobado: septiembre 20 de 2009.

pieces of this inaugural debate, has led to their reprinting from time to time: the very Department of Sociology has done it twice. Less known is the debate that occurred in a newspaper's literary supplement on the occasion of the inauguration of the teaching of sociology in 1959 which, seen retrospectively, shows more than one analogy with the initial debate. In response to the inaugural speech by Orlando Fals Borda, a writer (Óscar Delgado) discusses the nature of the discipline and tradition of thought in which it is located, and at the same time how it is replicated and discussed by some of who were being trained as sociologists at that time, and who are currently figures of great trajectory (such as Guillermo Varela, Rodrigo Parra and Francisco A. Correa). As a contribution for keeping the commemoration from being a vain ritual, we think it is convenient to reprint those documents.

Keywords: Documentation, debate, sociology as a discipline, teaching conditions.

Breve panorama de la sociología nacional¹

Orlando Fals Borda

Parece que en la búsqueda de la verdad, a nosotros los Latino Americanos nunca nos hubiera faltado el empeño. Aún en la época de la inquisición, los libros prohibidos de caballería, las obras de la picaresca, y hasta los ensayos de Diderot, Rousseau, Voltaire, Holbach y Hobbes, siempre pudieron encontrar camino hacia estas tierras, escondidos en cofres y baúles. El reto de la ciencia, al causar el derrumbe del peripato, tuvo fuerte eco en América, mediante el viaje de científicos como Lacondamine y Humboldt y el trabajo de hombres prácticos como Carlos de Sigüenza y Góngora en México, Francisco Ruiz Lozano en el Perú, Juan José Ortez, el geómetra, y Eugenio Llano Zapata, el físico; José Celestino Mutis, Tadeo Haencke, José Mariano da Conceição Velloso y Juan Ignacio Molina.

Curioso ha sido, no obstante, que nuestra búsqueda de la verdad y el estudio de nuestras realidades hayan tenido como punto de partida las filosofías y los conceptos de pensadores y científicos extranjeros. Una de las características principales del pensador latinoamericano ha sido el eclecticismo, el afán de sumar aparentes aventuras encontradas en diferentes escuelas, presumiendo que en esta forma perfecciona la explicación de los fenómenos observados. Así, desde los días de la independencia el argentino Esteban Echevarría combina las enseñanzas de Condillac y Saint Simon; Gabino Barreda y Benjamín Constant descubren a Comte; Ingenieros, Cornejo y Hostos siguen a Spencer y aún caen en el determinismo biológico cuando citan a Gobineau y Darwin; la imitación de Balme sobresale en los escritos de Miguel Antonio Caro y Tristão de Athayde; y las doctrinas de Proudhon y Marx encuentran fértil

1. Publicado en *El Tiempo*, "Lecturas Dominicales", sección: Ideas y Hechos de Nuestro Tiempo. Bogotá, septiembre 6 de 1959.

campo en mentes privilegiadas como las de José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, Antonio M. Grompone y Jorge Eliécer Gaitán.

No queremos sostener aquí, por supuesto, que estas aventuras del saber universal no hubieran tenido valor en el proceso de madurez intelectual de nuestras tierras. Por el contrario, sabido es que la cultura crece en gran parte por contactos, y el aislamiento viene a equivaler a la momificación del conocimiento, como bien puede observarse en algunos países del mundo. Los contactos con los pensadores europeos tuvieron hondos efectos en América, y aún (¡quién lo creyera!) en los lejanos campos y entre los indefensos indígenas. Porque saturando aquellas doctrinas los sistemas políticos de las nuevas repúblicas, fueron los campesinos los que sirvieron como conejillos de indias en los experimentos de gobierno, los mismos concebidos por los pensadores europeizantes. En la polinización de tan diversas ideas se encontraron fórmulas a veces felices para solucionar problemas regionales.

No obstante, quizás hubo cierta desorientación en la forma cómo se efectuó aquella polinización de ideas. Los pensadores de nuestro continente adoptaron con tal entusiasmo las conclusiones de los filósofos y sociólogos europeos, que omitieron el examen detenido de sus métodos de trabajo. Pasaron por alto el hecho de que, aunque al hombre se le puede estudiar comparativamente en sus atributos universales, desde el punto de vista cultural, no puede examinársele sino con los lentes coloreados que aun sin quererlo se colocan los estudiosos y observadores. Tarde y Durkheim, Nietzsche y Spencer, todos llegaron a conclusiones que en gran parte dependían de su medio ambiente, de su tiempo, de su personalidad o entrenamiento.

Muchas veces la forma como un pensador o un investigador llega a una conclusión es aún más importante que la conclusión misma, porque el método es una herramienta y el resultado puede ser apenas un producto utilitario. Por ejemplo, algunas conclusiones de Malthus sirvieron para justificar la política económica de la Inglaterra de su tiempo, y sus preceptos tuvieron gran influencia. Sin embargo, si se hubiesen examinado con cuidado los métodos que Malthus usó para llegar a aquellas conclusiones, la falacia de su razonamiento hubiera quedado al descubierto. Igualmente, la misma materia prima que fue manipulada por Saint Simon y Fourier, en manos de Marx y Engels resultó con diferentes perspectivas, quizás igualmente válidas.

Este asalto a las leyes concebidas por extraños, sin pasar por la etapa local de examen y prueba, motivó que no se hubiese creado en efecto una verdadera sociología americana. Las leyes que gobiernan el funcionamiento de la sociedad deben ser válidas en Colombia, así como en Europa y Asia. No obstante, no hay sociólogo que sostenga que estas leyes ya hayan quedado demostradas, y tanto derecho tiene el alemán como el colombiano, para ofrecer la evidencia pertinente. La simple observación de los fenómenos sociales en cualquier rincón del planeta puede ser significativa, y sólo la acumulación de datos provenientes de áreas diferentes hará

posible la concepción de las leyes de la vida en comunidad. No hay duda de que la sociología ha avanzado bastante en su formación como ciencia. Pero aún debe privar la idea de que las conclusiones sociológicas no se independicen del contexto. Por todo ello, concluimos que la realidad latinoamericana en general y la colombiana en particular, merecen poseer para su estudio un método investigativo propio, una sociología propia.

Por fortuna, las últimas tendencias demuestran que ya se va delineando una sociología indígena basada en el examen directo de nuestras realidades. Existe una revuelta contra los llamados “sociólogos de escritorio”, que está ganado terreno, especialmente en el Brasil, México, Argentina, Venezuela y Chile. Los estudios analíticos de comunidades e instituciones están recibiendo mayor atención. Ya no existe el temor culpable de enfrentarse con la realidad muchas veces impresionante del campesino, del obrero o del indígena. Esto es lo que puede llamarse el verdadero movimiento americanista dentro de la sociología continental, en contraposición al movimiento americanista romántico de las previas décadas. Ello está promoviendo un gradual desplazamiento de aquel versátil y tradicional pensador, por el profesional estudioso de la sociedad, quizás debido a la influencia de la escuela pragmática de los Estados Unidos y de la antropología aplicada euro-americana. Los pensadores latinoamericanos ya empiezan a convencerse de que es difícil, sino imposible, interpretar los fenómenos sociales por medio de analogías biológicas y geográficas; de que la sociología misma no es la simple literatura de pasatiempos para talentosos escritores, sino una ciencia basada en hechos, nutrida por principios universales de método e investigación y construida mediante la observación, la inferencia lógica y la codificación conceptual de lo demostrado.

Colombia participa, por supuesto, de esta evolución, y en tal sentido debemos mencionar, con respeto y admiración, la valiosa contribución de muchos eminentes compatriotas, aunque en la búsqueda de la verdad, éstos hubieran pasado como un péndulo de una posición extrema a otra. Al alcanzar nuestra independencia como natural reacción contra lo español, la sede de conocimientos nos llevó a Condillac, a Bentham y a la masonería y aún se abrieron las puertas a colportores bíblicos como James Thomson. La contra-reacción no se hizo esperar, haciéndose evidente en los escritos de los Caro, para volver al positivismo y al realismo con las obras de Ezequiel Rojas, Manuel Ancizar, Salvador Camacho Roldán, Tomás O. Eastman, Lucas Caballero, Tancredo Nannetti y Carlos Arturo Torres. En estos últimos, ya empieza a agitarse el valor de lo local, el interés por el terruño. Ellos constituyen el grupo selecto de precursores del pensamiento sociológico moderno en Colombia.

El péndulo volvió a moverse a la derecha para dar paso a la escuela neo-tomista cuando a la sociología se le dio el adjetivo de católica, como si una ciencia pudiese sufrir tales deformaciones. No obstante, se encuentran valiosas contribuciones en las obras de Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, José Alejandro Bermúdez y Félix Restrepo. Un curso sereno,

más equilibrado, fue tomado por el profesor Luis López de Mesa, a cuya brillante inteligencia debemos los únicos estudios de psicología nacional de que disponemos, y cuyas obras sirvieron, más que ningunas otras, a crear ambiente para el tipo moderno de la sociología. Otros colombianos también colaboraron en esta tarea: Alejandro López, Ramón Franco, Guillermo Hernández Rodríguez, Antonio García, Luis Eduardo Nieto Arteta, Otto Morales Benítez, con sus obras sobre la colonización de Caldas y otros temas, Abel Naranjo Villegas, como introductor de sociólogos alemanes y agitador de temas de importancia, y Jorge Cárdenas García, Jaime Jaramillo Uribe, Luis A. Sarmiento, Gerardo Molina, Rafael Bernal Jiménez, Ferenc Vajta y otros colegas desde la cátedra universitaria.

Valiosa ha sido también la contribución de los discípulos de Paul Rivet, hoy notables antropólogos, la de profesionales como el R. P. José Rafael Arboleda, e Indalecio Liévano, Jaime Quijano Caballero y Luis Ospina Vásquez. Precisamente debemos al doctor Ospina Vásquez, como Decano que fue de la Facultad de Ciencias Económicas, así como al rector, doctor Mario Laserna, el que hubiera dado los primeros pasos firmes para la creación del Departamento de Sociología que hoy inauguramos.

En la historia de la sociología en Colombia y aun en América Latina, resalta como un hito el estudio efectuado en 1943 por un grupo de expertos dirigidos por un eminente norteamericano que hoy tenemos el honor de contar entre nosotros, como asesor del Ministerio de Agricultura. El estudio del municipio de Tabio, efectuado por el doctor T. Lynn Smith y por los doctores Justo Díaz Rodríguez y Luis Roberto García, sirvió para demostrar que la sociología podía ser práctica y que no era una simple disquisición filosófica. Aquel estudio dejó resultados palpables en metodología investigativa que fueron semilla para trabajos posteriores. Puede decirse que estos tres señores colocaron las bases para el desarrollo de la sociología moderna en Colombia, y para ellos en este día consagratorio, se dirige nuestro homenaje de reconocimiento.

Mirando bien las cosas, mucho se ha avanzado desde aquellos días del estudio de Tabio. El país ya está entendiendo que necesita de la sociología científica como arma o como herramienta para ayudar a resolver los problemas nacionales. Mas, ¿por qué este énfasis en las ciencias sociales? Sencillamente, porque el saber es poder. En los días antiguos, de calma eglógica y conflictos de marionetas, los problemas sociales podían resolverse solos o aun con alguna errátil tentativa de dirección. Pero hoy la sociedad moderna es tan compleja, los problemas que nos oprimen son tan severos, la velocidad con que se efectúan los cambios sociales es tan rápida, que necesitamos conocer mejor, saber dónde estamos, a dónde vamos y que está sucediendo realmente en nuestro derredor. Sólo la sociología puede quitarnos la venda. Una vez que poseamos un mejor conocimiento de los procesos sociales, podremos dominar algunas de las variables claves que producen el malestar nacional y podremos planear el desarrollo del país con mejor sentido y más realismo.

A esta tarea deseamos dedicar el nuevo Departamento de Sociología. Para ello buscamos formar una verdadera sociología nacional, una sociología colombiana, basada en nuestros propios hechos, enfocada hacia nuestras sencillas “veredas” y complejas ciudades, dirigida hacia nuestros problemas y dilemas. Sólo así, además, podría justificarse la existencia del Departamento de Sociología.

Con la ayuda de Dios, trataremos de servir a la juventud de Colombia, en la medida de nuestras capacidades, y trataremos, mediante el trabajo de profesores y alumnos, de justificar la fe y la confianza tan generosamente depositadas por ustedes en nosotros. Muchas gracias.

Réplica a Orlando Fals Borda.

Desconocida historia de la sociología colombiana²

Óscar Delgado

La publicación que del “Breve Panorama de la Sociología Nacional” hizo este suplemento (“Lecturas Dominicales”, septiembre 6 de 1959), suscita reflexiones sobre la historia de la sociología colombiana, importante capítulo de los anales científicos, que aún no se ha escrito ni explorado ni clarificado suficientemente. Para la elaboración de una historia que sirve al público, al estudiante y al especialista están inviolados muchos materiales y fuentes documentales, y buena parte de la obra misma de nuestros sociólogos, conocida en toda su extensión y heterogeneidad, pero sin analizar y reducir al estricto plano sociológico.

Después de Germán Arciniegas se intenta la revisión de la historia nacional con criterio sociológico, y a ella se incorpora, en calidad de sujeto histórico, a la sociedad integral y no sólo a una de sus partes. Ya sabemos, entonces, un poco más sobre la evolución histórica de nuestra sociedad. Pero nos resta indagar sobre nuestra sociología, sobre el método utilizado para el conocimiento de lo social. Los revisores operan una revolución en la metodología de las ciencias históricas, pero por su naturaleza sus obras no fueron concebidas para ilustrarnos sobre el curso de la sociología; en su teoría, en su especulación y en su aplicación. En otros términos: la historia de nuestra sociología está por escribirse. Y cuando ello ocurra, habrá provechosas polémicas. Ahora mismo, algunos jóvenes sociólogos dividen la historia en dos partes, antes y después de la sociología, fenómeno que se advierte sobre la raya del medio siglo actual, y actividad que los mismos denominan “sociología científica”, en el arrebató de orgullo y exageración.

Algunos han llegado al extremo de negar, minimizar o poner en duda el valor sociológico de sus antecesores, entre los que se cuentan esos dos formidables equipos humanos que trabajaron individualmente en la segunda mitad del siglo pasado y en las últimas tres décadas del presente. No obstante, si es exagerado pretender que la sociología comienza aquí

2. Bogotá, D. E., septiembre 27 de 1959.

hace dos lustros, con las primeras investigaciones de campo, es apenas justo establecer una división entre la teórica y la aplicación. El hecho acaece hacia 1930, con las observaciones registradas en varios municipios, —especialmente en Tabio, Saucio y Manta—, que con posterioridad continúan extendiéndose con un ímpetu, una pasión y una seriedad admirables.

No hemos carecido, ciertamente, de sociólogos eminentes, que tendrían trascendencia continental si hubiéramos puesto empeño en divulgarlos; se los conoce más bien por sus hazañas, por su condición de protagonistas de la historia, como políticos o científicos de otro orden, y por los aspectos literarios, jurídicos y políticos de sus libros y escritos. Ellos mismos solían confundir la teoría política y la sociológica por lo cual hay casos en que aparecen ambas interpoladas y yuxtapuestas. Pero lo que sorprende es que en la fecha no hemos descubierto a muchos tratadistas de la sociedad, hoy ignorados, desconocidos u olvidados, sin que por parte de los autores, los catedráticos y en la frondosa maraña de textos, se hubiera intentado poner orden, ubicar a cada quien en su justo sitio, valorar críticamente, elaborar los esquemas de las jerarquías, las filiaciones, las escuelas, tendencias y corrientes —continuas y alternativas—, los métodos y las técnicas, el hallazgo de los aportes originales y una evaluación general por especialidades.

La búsqueda de esta necesaria clarificación no puede ser diferida por más tiempo, y hacia ella deben dirigir ahora sus inquietudes los estudiosos de esta disciplina. En el período inicial, el escrutinio no dejará de producir controversias, pero del impacto de los conceptos antagónicos puede emerger la luz, que es la meta de la averiguación. Nuestra grande y vasta obra científica en este campo anda desparramada y encubierta por un ropaje de literaturismo, explicable —aunque no justificable— por el tradicional culto al idioma, a la retórica y a la lírica. Mientras no sea consumada la tarea —no emprendida todavía— de discriminar aquí lo falso de lo verdadero, lo simulado de lo auténtico, lo genuino de lo importado, lo esencial de lo formal, no podrá resolverse esa confusión de valores científicos y literarios, inmersos unos de otros; casi siempre en detrimento de los científicos, que se encuentran subyacentes, a veces tan disimulados que sólo a las mentes perspicaces y a los espíritus sagaces les es dado desentrañar.

Desde diversos ángulos podría acometerse el estudio de nuestra sociología, ya sea relacionándole con arreglo al orden cronológico de los cultores y los hechos, sea clasificándola por escuelas y tendencias, sea separando la especulación teórica del experimento, sea extrayendo de ese inmenso archivo literario-político-histórico-sociológico las deducciones a que, con carácter de leyes o de hipótesis, llegaron sus autores, a propósito de las sociedades americana y colombiana. Hay que observar, además, las coincidencias y discrepancias de nuestros tratadistas, si se originaron en la cosmovisión y en el pensamiento filosófico e ideológico, y cuáles fueron los diversos métodos empleados por ellos.

Para llegar a la meta anhelada —que es conocimiento de la sociedad colombiana en sus múltiples estructuras, aspectos y situaciones, y su compleja causalidad—, debemos todavía esperar a que los trabajos de campo y las deducciones especulativas se generalicen y diversifiquen. Y también esperar a que la ciencia avance y salga del relativo estancamiento en que se halla en el mundo, a fin de procurarnos entonces nuevos y más certeros instrumentos para el conocimiento, sin que por ello debamos interceptar o contener esa pasión investigadora que se expande felizmente en Colombia, y que se adelanta con el aprovechamiento de los más recientes descubrimientos técnicos y metodológicos de la ciencia en Estados Unidos y Francia preferentemente.

Entretanto debemos acometer el estudio de la desconocida historia de la sociología en Colombia (no “sociología colombiana”). Esta investigación libresca y documental nos debe responder a la pregunta: ¿Quiénes son los sociólogos colombianos y de qué aspectos sociológicos se han ocupado? ¿Quiénes son los extranjeros que se han referido al país o lo han explorado, y cuáles los asuntos tratados? ¿Cuáles son las investigaciones sobre la sociedad colombiana, y cuáles sus conclusiones? ¿Sería acertada una división categorial, que permitiera una clasificación y alindamiento entre “pre-sociólogos” y “sociólogos científicos”, según la época y calidad personal?

El territorio físico, político-administrativo, económico y social de Colombia ha sido objeto de notables investigaciones a través de su historia. Por la extensión y la profundidad han logrado destacarse las realizadas a través de la “Expedición Botánica”, en el siglo XVIII; la “Comisión Corográfica”, en el siglo XIX, y la “Misión Economía y Humanismo” (Lebret), en el siglo XX. A mediados de esta centuria tenemos, además, estudios fundamentales en la ciencia económica aplicada, como los de la CEPAL (en 1954-1955 sobre la época 1935-1953) y el BIR (o “informe Currie”, en 1949-1950). (Fals nos habla de la Comisión Corográfica y la Expedición Botánica, que no hicieron, stricto sensu, investigaciones sociológicas, y en cambio omite a la Misión Lebret, que sí la hizo).

Si presumimos una división primaria de las ciencias en “naturales” y “sociales” apoyadas en las del espíritu y las humanas), se advierte cómo el conocimiento de la realidad colombiana comienza con la exploración de su naturaleza física (Expedición Botánica); continúa del mismo modo, pero con incursiones en lo social (Comisión Corográfica) y, finalmente, deja de interesarnos la botánica, la climatología, la cartografía, la geografía física, y nos preocupa la comunidad, de donde surgen los análisis sociales (Informe Lebret).

En este aspecto, el informe Lebret es la tentativa de mayor envergadura que jamás se hizo para tratar de conocernos mejor, y el primer eslabón de una serie de ensayos que sin duda van a continuar en el futuro. Hay una evidente correlación entre las Misiones Botánica, Corográfica y Lebret, y la evolución de la problemática nacional. Durante la Colonia no convenía averiguar demasiadas cosas acerca del pueblo, sometido y explotado, del

que se esperaba el más alto rendimiento, en encomiendas, mitas, esclavitud y tributos, sin contraprestaciones. Con la independencia se modifica la estructura del Estado y el concepto de poder sufre una inversión: los libertadores le infunden a la población, con el sentimiento de libertad, la noción de sus derechos, entre ellos el de satisfacer las necesidades; así adquiere una conciencia democrática y se percata de su papel determinante en la vida nacional. Los dirigentes se preguntan entonces, cuál es la magnitud de esas necesidades y cómo resolverlas, y también sobre su comportamiento, sus aspiraciones, sus costumbres, ideas y creencias. Con el paso del tiempo se presenta, pues una mutación en la prioridad de los problemas y las inquietudes nacionales.

El "Informe Le Bret" es el mojón que alindera históricamente el fin de una época de divagaciones alrededor de los niveles de vida, y el comienzo de otra en la que van a coexistir, un tanto conflictivamente, la ensayística sociológica y los trabajos de campo; la interpretación filosófica y la encuesta social directa. La gran importancia del informe radica en la variedad de cuestiones investigadas, en el riguroso método científico adoptado, en haber logrado sobreponerse a los requerimientos alienantes de conflictos internos (políticos, económicos y sociales), ofreciendo un ejemplo de imparcialidad, es decir, de dignidad científica. Y releva la trascendencia el hecho de no haber circunscrito sus alcances a una región o aspecto del país, ya que ambiciosamente quiere estudiar numerosas situaciones de la vida de la comunidad, tales como la estratificación social, los niveles de vida económicos y las necesidades materiales de la población colombiana, así como las potencialidades y posibilidades de la economía nacional para satisfacerlas. Estos asuntos son tratados científicamente por vez primera en un nivel nacional. Con ello se intenta conciliar e interrelacionar dos ciencias tan diferentes como la economía y la sociología, y observar las consecuencias de su interacción sobre el ser humano. Para el análisis, esta misión adoptó su propio método, el de la "Encuesta Le Bret", y llegó a conclusiones empleando el sistema de sondaje de municipios representativos, ante la dificultad de investigar las novecientas localidades del país. El estudio minucioso y cierto de 45 municipios-tipo rurales y 13 barrios urbanos (en capitales de departamentos), como lo hizo Le Bret, puede ofrecernos una buena aproximación a la realidad nacional, y aunque no es definitiva y completa; tiene el mérito de ser la primera y de haberse adelantado con un criterio humanístico.

El panorama de la sociología nacional, bosquejado sinópticamente por Fals Borda, parte del período de la Independencia, lo cual es ya una limitación, y además, en la época que estudia hallamos protuberantes omisiones. La historia de la sociología nacional debe comenzar con los cronistas de la Conquista y la Colonia, y no con los Precursores. No es posible relegar al olvido tres siglos de sociología, aunque aparte de los cronistas no sean muchas, en número y en importancia, las obras de este género. Desde luego, en el caso de Fals Borda, esta omisión no puede suponerse fundada en el desconocimiento de la literatura colonial, ya que

el eminente sociólogo la ha estudiado, y fruto de ella es el libro *Fray Pedro Aguado, cronista olvidado de Colombia y Venezuela*. El formidable binomio Medrano - Aguado, autor de tan famosa como ignorada *Recopilación Histórica*, constituye, justamente, la base de la sociología colombiana —y tal vez, de la americana—, por el método monográfico que emplea en la descripción de las sociedades aborígenes. Inusitadamente para aquella época, aquí se prescinde de la “herolatría” que llevó a los demás cronistas a hacer girar sus relatos alrededor de una figura destacada, generalmente un conquistador, adelantado o comisionado. Aunque en menor grado, también poseen valores sociológicos relativos, otras historias, entre ellas la de Cieza de León, la “Crónica del Perú”, que trata sobre Colombia. Un ejemplo del anti-sociólogo es el afamado cura de Tunja, Juan de Castellanos, por haber narrado la historia en verso, en forma que muchas de sus rimas son cabalísticas y esotéricas, y además por sus inexactitudes. Entre cerca de veinte notables cronistas que escribieron sobre nuestro territorio, un enjuiciamiento severo seleccionaría cuatro o cinco de estos notables “pre sociólogos”.

En la literatura sociológica colonial pueden señalarse las “Relaciones de Mando” de los virreyes (especialmente las de Caballero y Góngora, Mendinueta y Gil y Lemos), y la de las historias de Juan Rodríguez Freyle. El grupo de “Los Precursores” y el de los “Viajeros” foráneos de principios del siglo XIX dejan valiosos documentos, cuya enumeración omitimos por ser ampliamente conocidos; más, por ser injustamente desconocido, debemos mencionar con énfasis a uno de los más importantes sociólogos de esta época: Pedro Fermín de Vargas, el último de los Precursores; este extraño sujeto es una de las contadas figuras que cubren el amplio espacio entre la independencia y la aparición de los primeros ensayos de Sergio Arboleda y José Eusebio Caro. (Fals cita a ciertos personajes de la última mitad del siglo XIX y de la primera del actual, pero olvida a los más importantes sociólogos mientras incluye a figuras secundarias —y hasta terciarias—, que apenas alcanzarían a rellenar las páginas en una obra exhaustiva. Faltó, pues, una advertencia sobre la condición subalterna de algunos).

Tan fecundo fue nuestro siglo XIX en materia de literatura social, que en lo que ha ocurrido del XX no se ha logrado una superación, al menos en la teoría de la sociología institucional, política y de la revolución, derivación lógica del tiempo de la insurgencia, la gestación y transformación de las instituciones republicanas, la polarización ideológica y el caudillismo que desataba las guerras civiles.

Entre los sociólogos del siglo XIX cita Fals a Ezequiel Rojas, Manuel Ancízar, Salvador Camacho Roldán, y Miguel Antonio Caro, figuras polifacéticas, destacadas en múltiples aspectos —uno de ellos la sociología—. Empero, examinando con rigor crítico la obra del siglo hallamos que el centro de gravedad de la disciplina en esta época, se sitúa más bien en los omitidos por Fals, señores Miguel y José María Samper, Rafael Núñez y Sergio Arboleda a quienes rodea un amplio número de valiosos

satélites. Entre estos descuellan Felipe Pérez, Manuel María Madiedo, Santiago Pérez, Martínez Silva y Murillo Toro. Dentro de sus espacios, aquellas eminencias no han sido aún aventajadas: Samper (José María) y Arboleda (Sergio) son los sociólogos de la revolución americana; Núñez, el sociólogo de las instituciones; Miguel Samper, el sociólogo de la economía y de las clases; Madiedo, el sociólogo de la política —y no quiso afiliarse a ningún partido!—; Camacho Roldán, el sociólogo de las costumbres —en sus “Notas de Viaje”—, sobre el que hizo a los Estados Unidos. Y en fin, hemos tenido ocasión de observar cerca de cuarenta sociólogos y parasociólogos en el siglo XIX, cuya referencia aplazamos deliberadamente, en gracia de la brevedad, y a fin de no convertir en catálogo esta reseña panorámica.

El siglo XX nos ha regalado cerca de treinta figuras que han aportado, o lo están haciendo hoy, una contribución valiosa en campos muy diversos de la sociología, de modo especial en la económica, histórica y política. Ya los sociólogos generales tienden a desaparecer, con la especialización que ha traído el progreso de la disciplina. También en esta época reseña Fals unos cuantos, pero en el apelotonamiento puede originarse una confusión entre los grandes creadores y el batallón de profesores de la materia en las facultades de Derecho. Cita a Carlos Arturo Torres y omite a su parigual y coetáneo Rafael Uribe Uribe, progenitores ambos de las dos escuelas positivas y liberales que desde entonces, hasta hoy, se advierten en la sociología política. Y en medio de creadores y vulgarizadores, aunque con una breve consideración, aparece involucrado Luis López de Mesa, un gran sociólogo derivado de la corriente de Torres. En cuanto a Uribe, ha sido poco estudiado por las últimas generaciones, no existe ninguna biografía sobre él, ni estudios serios sobre su obra, y se le conoce más como “general” que como “doctor”; Uribe es un sociólogo de las instituciones, de la política, de la guerra civil, de la economía agrícola, de las relaciones internacionales, de las clases y de la religión, y el precursor de la seguridad social y el derecho laboral en Colombia.

Si queremos ponerle orden a la relación de los valores sociológicos, es necesario dedicar un capítulo aparte a López de Mesa, sociólogo y psicólogo social, especialmente por su condición de precursor —en el país— de esta última ciencia. La importancia de la psicología social se patentiza en su emancipación de la sociología y la psicología para equipararse a ellas, con su propio método, según acuerdo de la moderna clasificación de las ciencias sociales y del espíritu. Pese a las deficiencias de su vasta obra (inveterada especulación teórica y abstracta, abandono de la cuantificación, generalizaciones y tipologías provenientes de juicios de valor, interpolación de la filosofía de la historia en la exposición sociológica, herolatría y vasallaje al método histórico de las generaciones), López de Mesa ocupa el sitio de preeminencia en la sociología contemporánea, si se consideran la originalidad, profundidad y variedad de sus ensayos. Su autoridad indiscutible ha dominado el espacio de los últimos treinta años y lo coloca, en la categoría científica, al lado de Núñez, Samper y

Arboleda. Como las de ellos, o las de cualquier pensador, sus tesis son susceptibles de ser revaluadas, impugnadas o rebatidas. Y es por ello por lo que estamos necesitando el crítico sistemático de nuestra sociología, pero con mayor urgencia un evaluador de las teorías de López de Mesa, de tan marcado influjo entre nosotros, especialmente por su contribución al modelado de las instituciones y de la conducta ética.

Entre *Por la América del Sur* (1905), *Idola Fori* (1910) y *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934), de Uribe, Torres y López de Mesa, median tres décadas durante las cuales discurren los ilustres para sociólogos Sanín Cano, Santiago Pérez Triana, Marco Fidel Suárez, Alejandro López, Armando Solano y Nieto Caballero.

Con la referida obra de López de Mesa se inicia la moderna sociología nacional. Tras este autor advienen numerosos científicos, unos ya desaparecidos y otros ocupados en investigar y en dejar un testimonio de su tránsito vital. Enumerarlos haría prolija la relación, pero debemos advertir que el grupo de las tres últimas décadas merece ser objeto de un estudio especial, como parigual que es del notable sector de la generación del 70.

Sociólogos o “sociólogos”³

Rodrigo Parra Sandoval, Guillermo Varela y Francisco A. Correa

“Una carta de Orlando Fals Borda”

Señor Director de “Lecturas Dominicales”. —EL TIEMPO—

Estimado amigo:

En las últimas entregas de sus “Lecturas” he venido leyendo los interesantes comentarios que sobre la sociología en Colombia ha escrito Óscar Delgado, comentarios que tuvieron origen en el corto y protocolario discurso que pronuncié en la inauguración oficial del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional.

Mucho me ha complacido que las ideas sobre la historia de la sociología en nuestro país que esboqué en aquella ocasión hayan servido para acicatear la útil contribución de Delgado, aunque no comparta algunas de las tesis y definiciones por él ofrecidas. Observo que en realidad los artículos publicados no son de réplica a las ideas expuestas por mí, sino una ampliación de las mismas.

3. Bogotá, D. E., octubre 7 de 1959.

Al pensar en contrarreplicar, supe que tres compañeros de estudios interesados en la sociología moderna habían escrito una contestación a Delgado, contestación que fue enviada a usted hace algunos días. Estos amigos tuvieron la gentileza de consultarme su escrito, y me complace comunicarle que comparto sus ideas. En esta forma, para no hacer a usted aún más angustioso el problema del espacio en sus leídas páginas, he decidido aceptar el patrocinio y esperar que, en mejor oportunidad, podamos entre todos llegar a escribir una verdadera historia de los verdaderos sociólogos colombianos.

De usted atento servidor,

ORLANDO FALS BORDA

Ante una réplica que publicó el señor Oscar Delgado en "Lecturas Dominicales" de *El Tiempo*, de septiembre 26 de 1959, complementando un pequeño artículo sobre "Un breve panorama de la sociología nacional" por el doctor Orlando Fals Borda, y que fue publicado en el mismo suplemento el 6 de septiembre de 1959, nos vemos en la obligación de aclarar, antes de entrar en especificaciones, que el citado artículo del doctor Fals no fue más que la reproducción de un discurso, por él mismo pronunciado, con ocasión de la inauguración del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional, que comenzó a funcionar en este año, y que no se quiso hacer en él propiamente una disertación extensa sobre la sociología en Colombia, sino una mención superficial de algunos de los valores más relevantes de nuestra sociología.

Notablemente nuestra mentalidad moderna tiende a regir sus razonamientos por conceptos científicos. Sin embargo, hay pocos que sepamos en realidad lo que es la ciencia en sí, sus exigencias respecto a la metodología de la investigación, como son la formulación de una hipótesis, la obtención de datos, su organización y codificación, y por último, la generalización y conclusiones.

En su afán por una definición clásica de la ciencia, los científicos de todos los tiempos, han intentado ahondar en la naturaleza esencial de ella, y aunque no han llegado hasta ahora a la unanimidad de criterios, parecen estar de acuerdo en que la ciencia encierra y representa "un conjunto ordenado de conocimientos verdaderos", o que es en sí una "indagación eficiente". Se reconoce también que tanto las llamadas ciencias exactas, como las ciencias sociales, importan o se consideran, no por el asunto de que tratan sino por el modo cómo se estudian, y que lo esencial es "cómo y con qué espíritu se investiga". En otras palabras: que el procedimiento más que el contenido es lo que constituye la piedra de toque de la ciencia.

Encontramos en nuestro medio que a cada paso, y aun en nuestras esferas intelectuales, se incurre en errores al hacer distinciones con

respecto a las ciencias sociales, entre las investigaciones científicas y lo simplemente literario, entre las ideas y sugerencias y el verdadero conocimiento: se hace necesario aclarar que “no todas las ideas constituyen conocimiento; ya que no todas son susceptibles de prueba o refutación, y representan sólo el material para las actividades intelectuales y científicas. Existe por ejemplo, la idea de que un gobierno mundial evitará la guerra; pero no sabemos si es cierto; quizás se demuestre algún día y se convierta en conocimiento, o, por el contrario, pueda que sea descartada”. (Ogburn, Sociología, p. 4).

Así, en la materia o ciencia que nos ocupa, la sociología, es esencial o importante antes de hacer clase alguna de lucubraciones, discernir entre lo que pueden ser ideas y lo que puede ser conocimiento científico; entre lo que haya sido simplemente literatura sociológica, elaborada *n* veces a fuerza de juicios de valor y lo que ha sido en realidad sociología científica.

Se ha dicho que una ciencia se reconoce como tal por la veracidad de su cuerpo de conocimientos, su organización y su método. A pesar de que el conocimiento sociológico se ha dificultado por sus limitaciones en el tiempo y el espacio, como lo expresa Ogburn en su obra, la sociología ha tenido buen comienzo en campos tales como las relaciones raciales, la criminología, la población, la evolución de las instituciones económicas y el proceso de cambio social. Respecto a la organización de conocimientos, existen ya en la sociología y sus investigaciones, unidades suficientes para proporcionar muchos instrumentos de trabajo con qué realizar descubrimientos más amplios que los que hasta ahora tenemos. En cuanto al método, la sociología posee actualmente métodos reconocidamente adecuados, y aunque sus experimentaciones no son propiamente de laboratorio, como en las ciencias naturales, tiene sus equivalentes en la estadística y las encuestas sociológicas modernas.

Pregunta Delgado en su brillante exposición si sería acertado hacer una clasificación en sociólogos y pre sociólogos según la época y calidad del individuo. Sería acertado hacerla si se tomase como base de diferenciación el empleo del método, que es lo importante en cuestiones de ciencia. Si se clasifican los personajes llamados sociólogos anteriores a 1930 en cronistas, viajeros y costumbristas, se verá que no son sociólogos en el sentido estricto de la palabra.

¿Es el cronista un científico?

No es que se subvaloren los méritos de los primeros narradores de los contactos entre españoles e indígenas. Sólo se desea sacar a la luz si son o no científicos, pues se puede ser sabio sin ser hombre de ciencia. Lo esencial es el método. ¿Hicieron una observación sistemática, imparcial de los hechos sociales, o fueron influidos por los valores de su cultura que los alejaron de una saludable relatividad cultural? Y si lo hicieron, ¿codificaron y cuantificaron sus observaciones? ¿Generalizaron y sacaron conclusiones prácticas para la sociedad estudiada? ¿O fueron sus escritos sólo descripciones, en castizo y bello estilo, de la cultura visible y que no

ahondaron en su parte encubierta, en sus normas reales? Cabe preguntar aquí si todo el que escribe sobre sociedad es sociólogo. Entonces no habría escritores, sino sociólogos.

Viajeros y costumbristas

Además de analizar su método, es interesante saber cómo ve el viajero las costumbres del país que visita. Las ve con los ojos de su cultura, las juzga con su sistema de valores, cae en el etnocentrismo, pues no está adiestrado para una relatividad cultural que lo haría objetivo e imparcial. Sería interesante imaginarse la profundidad de unas notas de viaje. En estas condiciones, ¿puede el viajero ser un científico? Mayores méritos como observador tiene el costumbrista. Aunque tampoco llega a ser científico, profundiza más en la organización social, y las más de las veces llega hasta la cultura encubierta, cuyos contrastes con las normas ideales expresa en forma picante y divertida. Son los que más han contribuido al conocimiento de nuestra sociedad. Delgado nombra varios, pero omite el mejor y más profundo observador de la psicología colombiana: Tomás Carrasquilla. No obstante sus imperfecciones, los citados intelectuales han contribuido al conocimiento de la sociedad colombiana en las diversas épocas de su historia. El sociólogo moderno puede sacar de sus escritos datos valiosos para clasificarlos y conceptualizarlos.

Sociología y economía

Dice el señor Delgado: "Ciencias tan opuestas como la Sociología y la Economía".

En realidad, la Economía y la Sociología son ciencias interrelacionadas en su objeto de estudio y complementarias en sus métodos.

El sistema económico es una institución que facilita el rodaje de la sociedad y como tal sólo es una parte de una estructura que no podemos llevar hasta el grado de considerarla como un todo independiente; en efecto, las instituciones, al tiempo que forman la estructura de la sociedad se entrelazan y apoyan mutuamente, de modo que retirada una parte estructural de su sistema de relaciones para estudiarla, es más una disección anatómica que una investigación de su funcionamiento integral.

De esta interrelación tenemos un ejemplo en la India, donde su sistema económico está profundamente saturado por la institución religiosa. Así lo que podría ser una próspera industria ganadera, que solucionara en parte el problema de aquellas sus grandes masas famélicas, no tiene lugar. Su reverencia a la vida en ciertas formas se lo impide.

Otro ejemplo, sin ir más lejos, lo tenemos aquí en nuestra patria. La producción, o mejor, la deficiente productividad, ¿no obedece en gran parte a causas culturales? ¿No se debe a muchas costumbres inadecuadas con respecto a la tierra y a buen número de valores negativos, el que nuestro campesino, conociendo la máquina, la semilla seleccionada y el abono, no lo use? Que no son medios fuera de su alcance, se verá en el párrafo sobre Saucío, más adelante.

“Los contrastes contemporáneos de antiguas costumbres y nuevos equipos, la supervivencia de las herramientas aborígenes y rudimentarias, el colonialismo tecnológico”, como dice el economista Dr. Jaime Quijano Caballero en su plan revolucionario para una historia de los procesos y no de hechos prominentes y vistos, ¿no obedecen principalmente a factores culturales?

¿Cómo podríamos entonces separar sociedad y sistema económico? ¿Y no es sólo un etnocentrismo inconducente el sostener que la economía sea opuesta a la sociología estando tan ligados sus objetivos?

Saucío, piedra de toque

El estudio y los logros obtenidos en el sitio de Saucío son un gran indicador de lo que persigue la sociología científica.

Saucío, pequeño lugar poblado, a unos 100 kilómetros al norte de Bogotá, bien puede considerarse representativa de las aldeas de Boyacá y Cundinamarca. Hace unos diez años el nivel de vida de sus habitantes era tan precario como sólo puede serlo el de los propietarios de los minifundios. A eso se añadía que sus tierras, agotadas por la explotación y laboradas con técnicas tan rudimentarias como la del arado de chuzo y tan complicadas como inadecuadas, no podían rendir gran cosa. Mucho era que la plaga no devorara sus cosechas.

Hoy, ciertos índices muestran que el nivel de vida de los saucitas ha aumentado hasta un 90 por 100 en varios artículos. La semilla seleccionada, el tractor y el abono son de uso corriente. Una cooperativa agrícola, un equipo deportivo y una buena escuela construida por los mismos campesinos, auguran felices tiempos. El sentido comunitario desarrollado demuestra una vez más la eficiencia de la asociación de energías hacia la procura de intereses.

He aquí la obra de un sociólogo: el doctor Orlando Fals Borda, y he aquí lo que es la labor del sociólogo.

Pero la importancia del estudio radica más en que por ser representativo el poblado, los logros allí conseguidos pueden aplicarse a grandes sectores, aun mejor mediante el entrenamiento sociológico moderno.

En fin, no podemos menos de agradecer que la réplica citada nos haya dado la oportunidad de poner en claro lo que es la sociología “científica” y de procurar destruir, tal vez ambiciosamente, el estereotipo muy común de que la sociología sea una disciplina literaria sin aplicación práctica.